

XVI.

Cómo y por qué causa había muerto Chicot.

Chicot, verdadero cuerpo, por más que esto desagrade á aquellos de nuestros lectores que sean bastante partidarios de lo maravilloso para creer que hemos tenido la audacia de introducir una sombra en esta historia, Chicot había salido después de haber dicho al rey, según su costumbre, bajo la forma de la bufonada, todas las verdades que tenía que decirle.

Hé aquí lo que había sucedido :

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1825 MONTERREY, MEXICO

Después de la muerte de los amigos del rey, y después de los desórdenes y conspiraciones fomentados por los Guisas, Chicot había reflexionado. Aunque valiente, como se sabe, y nada aprehensivo, estimaba mucho la vida que le divertía, como sucede á todos los hombres selectos. No hay muchos más que los tontos que se fastidien en este mundo y vayan á buscar la distracción en el otro.

El resultado de la reflexión que hemos indicado, fué que la venganza del señor de Mayenne le pareció más sensible que eficaz la protección del rey, y se decía, con aquella filosofía práctica que le caracterizaba, que en este mundo nada deshace lo que está hecho materialmente; que así, todas las alabardas y todos los tribunales de justicia del rey de Francia no remendarían, por poco visible que fuese, cierta abertura que el puñal del señor de Mayenne habría hecho en la ropilla de Chicot.

Así pues, había tomado su partido como hombre, además, cansado del papel de bufón que á cada minuto ansiaba cambiar en papel serio, y de las familiaridades reales que, según los tiempos que corrían, le conducían derechito á su pérdida.

Chicot había comenzado por poner entre la

espada del señor de Mayenne y su piel la mayor distancia posible. Al efecto, había salido para Beaune con el triple objeto de dejar á París, de abrazar á su amigo Gorenflot, y de saborear aquel famoso vino de 1550 de que con tanto calor se había hablado en la famosa carta que termina nuestra relación de la *Dama de Monsoreau*.

Digámoslo: el consuelo había sido eficaz. Al cabo de dos meses, Chicot notó que engordaba á ojos vista, y que esa circunstancia contribuiría maravillosamente á disfrazarle; pero advirtió también que, engordando, se iba pareciendo á Gorenflot más de lo que convenía á un hombre de talento. El espíritu triunfó contra la materia. Después que Chicot hubo destripado algunos cientos de botellas de aquel famoso vino de 1550, y devorado los veintidós volúmenes de que se componía la biblioteca del priorato, y en los que el prior había leído este axioma latino: *Bonum vinum letificat cor hominis*, Chicot se sintió con un gran peso en el estómago y un gran vacío en el cerebro.

— Gustoso me haría fraile, — se decía; — pero en el convento de Gorenflot, sería yo demasiado el amo, y en otro no lo sería bastante. Ciertamente

que el hábito me disfrazaría para siempre á los ojos del señor de Mayenne; pero ¡con mil diablos! debe haber otros medios más que los vulgares busquemos, pues he leído en otro libro, que no está en la biblioteca de Gorenflot: *Quære et invenies*.

Chicot buscó, y hé aquí lo que halló, y que no dejaba de ser bastante nuevo por aquel tiempo:

Se franqueó con Gorenflot, y le rogó que escribiese al rey lo que él le dictaría.

Gorenflot escribió difícilmente, es verdad, pero en fin escribió que Chicot se había retirado al priorato; que el pesar de haberse visto obligado á separarse de su amo cuando éste se había reconciliado con el señor de Mayenne, había alterado su salud, que él había tratado de luchar distrayéndose, pero que el dolor había sido el más fuerte, y que al fin había sucumbido.

Por su parte, Chicot había escrito él mismo una carta al rey. Aquella carta, fechada el año de 1580 estaba dividida en cinco párrafos.

Cada uno de ellos se suponía escrito con un día de diferencia, y según progresaba la enfermedad.

El primer párrafo estaba escrito y firmado por una mano bastante firme.

El segundo estaba trazado con mano segura, y la firma, aunque legible, era ya muy temblona.

Al fin del tercero había escrito *Chic...*

Al fin del cuarto, *Chi*.

En fin había hecho una *C* con un borrón al fin del quinto.

Aquel borrón de un muribundo produjo en el rey el efecto más doloroso.

Eso es lo que explica el motivo por qué había creído á Chicot fantasma ó sombra.

Bien citaríamos aquí la carta de Chicot, pero era éste un hombre muy excéntrico, como se diría hoy; y como el estilo es el hombre, su estilo epistolar particularmente era tan excéntrico, que no nos atrevemos á reproducir aquí esa carta, sea cualquiera el efecto que de ella pudiésemos prometernos.

Pero se la hallará en las *Memorias de la Estrella*. Tiene la fecha de 1580, como hemos dicho, — año de las grandes cornamentas, — añade Chicot.

Al pie de aquella carta, y para no dejar enfriarse el interés de Enrique, añadía Gorenflot que, desde la muerte de su amigo, se le había hecho odioso el priorato de Beaune, y que le gustaba más Paris.

Esta posdata fué con especialidad lo que más

trabajo costó á Chicot arrancar de la punta de los dedos de Gorenflot, pues éste, al contrario, se hallaba maravillosamente en Beaune, lo mismo que Panurgo, y hacía observar lastimeramente á Chicot que el vino está siempre adulterado cuando uno no está en los mismos lugares de producción para escogerlo. Pero Chicot prometió al digno prior el ir todos los años en persona á hacer su provisión de Romanée, de Volney y de Chambertin, y como en este punto, y en otros muchos, Gorenflot reconocía la superioridad de Chicot, acabó por ceder á las solicitudes de su amigo.

Á su vez, en respuesta á la carta de Gorenflot y á los últimos adioses de Chicot, el rey había escrito de su puño y letra :

« Señor prior : dará usted una santa y poética
 » sepultura al pobre Chicot, cuya muerte siento
 » con toda mi alma, porque no era sólo un amigo
 » sincero, sino también un noble bastante bueno,
 » aunque él mismo no haya podido nunca descifrar
 » su genealogía más allá de su tatarabuelo. Rodee
 » usted su sepulcro de flores, y haga de manera que
 » le bañe el sol que él tanto amaba, porque era del
 » Mediodía. En cuanto á usted, cuya tristeza honro

» tanto que participo de ella, dejará el priorato de
 » Beaune, como me manifiesta desearlo. Tengo
 » demasiada necesidad en París de hombres adictos
 » y buenos clérigos para tener á usted lejos. En
 » consecuencia, le nombro á usted prior de los
 » Dominicos, hallándose fijada su residencia cerca
 » de la puerta de San Antonio, en París, barrio á
 » que nuestro pobre amigo tenía particular apego.

» Su afecto Enrique, que ruega á usted no le
 » olvide en sus santas oraciones. »

Júzguese si semejante carta autógrafa, toda ella escrita por una mano real, habría hecho abrir unos grandes ojazos al prior; si él admiraría el poder del genio de Chicot, y si se apresuraría á dirigir su vuelo hacia los honores que le aguardaban.

Porque se recordará que la ambición había ya hecho crecer en otro tiempo uno de sus tenaces vástagos en el corazón de Gorenflot; de Gorenflot cuyo nombre propio había sido siempre *Modesto*, y que desde que era prior de Beaune se llamaba don Modesto Gorenflot.

Todo se había hecho á la vez según los deseos del rey y de Chicot. Un manojo de espinos destinado á representar física y alegóricamente el cadáver,

había sido enterrado al sol en medio de las flores, bajo una hermosa cepa; luego, una vez muerto y enterrado en efígie, Chicot había ayudado á Gorenflot á mudar sus muebles.

Don Modesto se había visto instalado con gran pompa en el priorato de los Dominicos, Chicot había elegido la noche para deslizarse en París; había comprado cerca de la puerta Bussy una casita por trescientos escudos; y cuando quería ir á ver á Gorenflot, tenía tres caminos: el de la ciudad que era el más corto, el de las orillas del río, que era el más poético, en fin el que seguía á lo largo de las murallas de París que era el más seguro.

Pero Chicot, que era un hombre de imaginación, casi siempre elegía el del Sena; y como en aquel tiempo aun no estaba encajonado el río en muros de piedra, venía el agua á lamer, como dice el poeta, sus anchas riberas, á lo largo de las cuales más de una vez pudieron los habitantes de la ciudad ver la silueta de Chicot dibujarse cuando hacía buena luna.

Una vez instalado y habiendo cambiado de nombre, Chicot se ocupó en cambiar de figura: se llamaba Roberto Briquet, como ya sabemos, y

marchaba algo encorvado; luego; la inquietud y el transcurso de cinco ó seis años le habían dejado casi calvo, pues su cabellera de otro tiempo, rizada y negra, se había retirado, como la mar en su reflujo, de su frente hacia su nuca.

Además, como hemos dicho, había cultivado ese arte querido de los bufones antiguos, que consistía en cambiar, por medio de sabias contracciones, el juego natural de los músculos, y el juego habitual de la fisonomía. De ese estudio asiduo resultaba que Chicot, visto en medio del día, era, cuando se quería tomar ese trabajo, un verdadero Roberto Briquet, es decir, un hombre cuya boca le llegaba de oreja á oreja, cuya barba tocaba á la nariz, y cuyos ojos eran horrorosamente bizcos; todo ello sin muecas, pero no sin encanto para los aficionados al cambio de fisonomía, pues de fina, larga y angulosa que era su cara, se había hecho ancha, abierta, obtusa y encurtida.

No había más que sus largos brazos y sus piernas inmensas que Chicot no había podido acostar; pero, como era muy industrioso, se había encorvado, como hemos dicho, lo cual le hacía los brazos casi tan largos como las piernas.

Á esos ejercicios fisonómicos unía la precaución de no trabar relaciones con nadie. En efecto, por dislocado que estuviese Chicot, no podía conservar eternamente la misma postura; por consiguiente, ¿cómo parecer giboso á mediodía, cuando había sido derecho á las diez, y qué pretexto podía alegar á un amigo que le viese cambiar de repente de figura, si al pasearse con él le encontrase por casualidad una cara sospechosa?

Roberto Briquet se hacía, pues, la vida de un recluso. Además esa vida cuadraba á sus gustos: toda su distracción consistía en ir á visitar á Gorenflot y apurar con él aquel famoso vino de 1550 que el digno prior había tenido buen cuidado de no dejar en las bodegas de Beaune.

Pero los espíritus vulgares están sujetos á cambios, como los grandes espíritus: Gorenflot cambió no físicamente, á Dios gracias, sino moralmente.

Vió en su poder y á su discreción á aquel que hasta entonces había tenido sus destinos en su mano. Chicot yendo á comer á su priorato le pareció un Chicot esclavo, y Gorenflot desde aquel momento pensó demasiado de sí y no bastante de Chicot.

Chicot vió sin ofenderse el cambio de su amigo. Los que había experimentado cerca del rey Enrique le habían amoldado á esa especie de filosofía. Se observó más, y á eso se redujo todo. En lugar de ir todos los días al priorato, no iba más que una vez por semana, luego cada quince días, y al fin cada mes. Gorenflot estaba tan engreído que no hizo alto en ello.

Chicot era demasiado filósofo para ser sensible; se rió para su capote de la ingratitud de Gorenflot, y se rascó la nariz y la barba según su costumbre.

El agua y el tiempo, — dijo, — son los dos disolventes más poderosos que conozco. El uno disuelve la piedra, el otro el amor propio. Aguardemos.

Y aguardó.

Estaba, pues, aguardando, cuando ocurrieron los acontecimientos que acabamos de referir, y en medio de los cuales le pareció que surgían algunos de esos elementos nuevos que presagian las grandes catástrofes políticas. Como su rey, á quien seguía amando á pesar de su muerte, le pareció que, en medio de los acontecimientos futuros, corría algu-

nos peligros análogos á aquellos de que él le había preservado ya, tomó bajo su responsabilidad el aparecérselo en estado de sombra, y, con aquel objeto, presagiarle el porvenir. Hemos visto cómo el anuncio de la próxima llegada del señor de Mayenne, anuncio encubierto en la despedida de Joyeuse por su cortejo, y que Chicot, en su grande inteligencia, había ido á buscar al fondo de su cubierta, había hecho pasar á Chicot del estado de fantasma á la condición de viviente, y de la posición de profeta á de la embajador.

Ahora que queda explicado todo lo que podría parecer obscuro en nuestra relación, volveremos á la salida del Louvre, y le seguiremos hasta su casita de la encrucejada Bussy.

XVII.

La serenata.

Para ir desde el Louvre á su casa, Chicot no tenía mucho que andar. Bajó á la barca y comenzó á atravesar el Sena en una lanchita que dirigía él solo, y que había traído de la orilla de Nesle y amarrado en el desierto muelle del Louvre.

— Es extraño, — decía, remando, y mirando sin dejar el remo á las ventanas del palacio, de las que una sola, la de la cámara del rey, seguía alumbrada á pesar de lo avanzado de la hora, — es